

# APUNTES COTIDIANOS

ESTER CARRILLO BENEDITO



# Capítulo 1

## EXPECTATIVAS

Cuando era niña, me escondía de los adultos y escribía. Folios, libretas, pequeños papeles arrugados. Cualquier formato era válido para llenarlo de palabras. Brotaban de forma natural e inevitable. No había oído hablar del pánico al folio en blanco y cuando lo escuché por primera vez, ni lo entendí ni pensé que pudiera pasarme a mí jamás. Todavía era adolescente primeriza. Apenas había vivido y ya tenía todo por contar.

Ahora, no sólo he crecido, sino que he amado, me he caído y levantado constantemente durante cuatro décadas, he tenido que reinventarme una y otra vez, vivido en diferentes casas, ciudades y hasta continentes, he perdonado a mis padres y aprendido a quererlos de forma desmesurada y tierna, he sido madre, me he arrepentido de serlo, he cargado con una culpa que crecía más rápido que mi hijo, la he mirado de frente y estoy aprendiendo a dejarla atrás. Ahora tengo algo más que contar y sin embargo malgasto el tiempo esperando que vuelva la niña y me ayude a saber sobre qué escribir.

## Capítulo 2

### AMANECER

El ruido del despertador es anterior a la luz del día. Abro los ojos y continúa la extensión de negrura. El olfato despierta antes que la vista. Sigo con la nariz el rastro de olor de mi parte favorita de tu cuerpo. Me acurruco, disminuyo mi metro ochenta de carne y huesos para comenzar el día en ese lugar entre tus brazos. Tu respondes cerrándolos, conteniéndome.

El amanecer a mí me coge enredada en los olores y calores que más me gustan de tu cuerpo. Entra el primer rayo y salgo de tu abrazo para poder contemplarte mejor. Dibujo un camino de besos que comienza en tus labios y que cada día peregrina tu cuerpo. No te quedan ya lugares donde no haya plantado la bandera de mis labios. Son besos suaves, casi efímeros, que no lograrían despertarte si no hubiera sonado primero el despertador.

## Capítulo 3

NOMBRE

Mi abuela era de naturaleza impositiva y rápida sentencia. Así, las decisiones que mi madre tomaba, caminaban de puntillas evitando ser vistas. Aunque no siempre conseguían sortear su figura imponente, erguida en aquella mecedora desde la que dictaba veredictos.

-La llamaré Clara- anunció mi madre una tarde.

El gesto de estreñida consternación en el rostro de mi abuela anunciaba siempre una sentencia desfavorable.

-Clara no me gusta. La llamaré Clareta.

A mi madre ese diminutivo tan habitual en Valencia, que usamos para dirigirnos cariñosamente, pero también para ridiculizar o empedreñecer al otro, le parecía de lo más inapropiado. Pero sabía que aquel veredicto se cumpliría, así que días más tarde anunció su segunda opción.

-La llamaré Carla.

-¡Uy! Carla. Qué feo por favor. La llamaré Carloteta.

¿Carloteta?, pensó mi madre, pero si Carlota significa zanahoria en Valenciano. Carloteta es zanahoria insignificante, ni siquiera dulce o crujiente. Una zanahoria diminuta que puede terminar arrugándose, olvidada en un rincón de la nevera porque nunca sirvió para dar sabor a un guiso.

Así que mi madre siguió pensando en nombres para mí. No había mucho criterio ya en la decisión, pues todo se basaba en el sonido de unos oídos ajenos. Poco importaba el significado del nombre, su procedencia o las ganas de evocar a alguien que pudiera admirar. Aunque era mi madre, ya no le correspondía a ella buscar un nombre para mí, que yo pudiera cargar con gusto toda mi vida.

-La llamaré Ester.

-Ese nombre sí es bonito. Me gusta Ester.

Pero la cosa se torció desde el primer momento, porque yo nací con la piel muy oscura y la cara cubierta de pelo, y mi abuela sentenció que yo parecía gitana.

Para ella siempre fui la *gitaneta*.